La peda que el Piojo había organizado en su casa ya había llegado a su punto máximo.

La música estaba demasiado alta como para disfrutarla, había vasos vacíos por todas partes y la gente no dejaba de entrar y salir. Eran un montón de futbolistas irresponsables, tan borrachos que habían olvidado por completo que al día siguiente probablemente iban a arrepentirse hasta de haber nacido.

Jordan no era la excepción.

También estaba hasta el culo.

Había tomado de todo. Incluso se fumó un gallo que sacó Camberos, según él, para "alivianarlos".

No estaba al punto de no saber lo que hacía. Estaba justo en ahí donde sabía perfectamente lo que estaba haciendo; solamente que ya no le importaban las consecuencias de nada.

Entonces apareció Diego.

Estaba junto a la barra, hablando con una muchacha.

Una mujer hermosa: cabello largo y oscuro, chaparrita, con tatuajes delicados y estratégicos por todo el cuerpo, tenía un vestido demasiado entallado que contorneaba su cuerpo, demasiado corto para usarse en un día normal, pero demasiado largo como para mostrar lo que en verdad importaba.

Era la puta copia de Jordan.

—Hijo de puta —soltó Carrillo con molestia.

Tal sentimiento no era provocado porque estuvieran hablando; eso le valía verga. Lo que no tanto fue cuando ella se acercó demasiado, tuvo el tiempo suficiente para reaccionar.

Pero no lo hizo.

Miró alrededor, un poco incómodo. Había gente viéndolo y una que otra cámara apuntándolo junto a la chica.

Pensó que tal vez su novio la apartaría, la rechazaría, lo que sea.

Pero, como siempre que quería evitar un problema, decidió hacerse pendejo.

Jordan se quedó quieto.

Ella se pegó todavía más.

El más alto incluso sonrió.

Jordan se sintió asqueado.

—Mucha pinche risita —escupió el de Culiacán con una irritación que nunca había sentido antes y dejó el vaso sobre la mesa para caminar hacia donde estaban ellos.

Mientras se acercaba, más podía escuchar la conversación.

—Entonces, ¿Qué opinas si mejor nos vamos a un lugar más privado? —preguntó ella, con una sonrisa coqueta, tomando el brazo de campillo y presionándolo contra sus pechos.

Diego soltó una risa incómoda.

—Ya veremos.

—Él no va a ningún lado.

La muchacha se giró.

—¿Jordan? —preguntó Diego, sorprendido de ver al más bajo ahí.

—¿Qué?

—No hay que hacer un desmadre aquí en la casa del piojo —Suplicó el duranguense—. Mejor vámonos, porfa. Perdónalo ¿Johanna? se pone muy mal cuando toma.

—Estás que rebotas de pendejo, yo contigo ni a la esquina —soltó y dirigió su mirada a la chica, escaneándola de arriba abajo—. ¿Tú quién eres?

—¿Perdón?

—Te pregunté que quién eres, pinche vieja sorda.

—Ultimadamente, ¿a ti qué te importa? —contestó la chica, altanera.

Jordan soltó una carcajada.

—Ah, ¿sí? ¿Es neta, Campillo?

—Ya, Jordan.

—"Ya", la verga.

La chica miró a Diego.

—¿Es tu novio?

Diego no contestó.

—Te están preguntando algo, Diego Campillo —insistió Jordan, con una sonrisa que no tenía nada de diversión.

—No.

La chica sonrió y Jordan se inclinó ligeramente hacia ella.

—Tú eres menos que nada, muñequita.

La sonrisa desapareció de su cara.

—No sé cuál es tu pinche problema, puto enano maricón.

—Ladras como si me aguantaras un vergazo.

—Ya bájale de huevos, vato mala copa. Diego puede decidir con quién estar y contigo ya decidió que no quiere.

Jordan miró a su "novio".

—Si quiere hacer lo que se le dé la gana, que primero tenga los huevos para decírmelo a mí.

Diego apretó la mandíbula.

—No hagas espectáculos, Jordan, por favor.

—¿Espectáculos? —se rio sin gracia.

Señaló a la chica con desdén.

—Llevas media hora dejándola restregarte todo el culo y todavía cuando te besa no haces ni puta madre para quedar bien con la gente, como si ellos te dieran de tragar.

—No estábamos haciendo nada.

—¿Y yo soy pendejo o cómo?

Jordan dio un paso hacia él.

—Sabes perfectamente que esas mamadas no van.

Diego bajó la voz.

—Cálmate, Jordi, estás muy mal.

—Y tú me estás queriendo hacer pendejo, y yo de pendejo no tengo nada. Cuando tú vas por los frijoles, yo ya me vengo pedorreando.

La chica intervino.

—Oye, ya, wey, tampoco es para tanto, bájale un chingo a tu desmadre, neta.

Jordan volteó hacia ella.

—Tienes razón, no es para tanto un pinche pito y menos si viene pegado a un vato tan puñetas como este.

Luego volvió a mirar a Diego.

—Pero él es mío.

Ambos se quedaron quietos, sorprendidos de haber escuchado esa afirmación en voz alta y frente a tanta gente.

Pero ya estaba hecho, probablemente más de uno había escuchado —y probablemente grabado—. Ni modo, lo que haya sido, se lo llevó su puta madre, mañana tendrían muchísimo tiempo para pensar en las consecuencias.

La chica soltó una risa incrédula.

—¿Tuyo?

Jordan sostuvo su mirada.

—Como no te imaginas, hermosa.

—¿Y por lo menos él sabe?

—Estoy rifando unos vergazos y tú te estás llevando todos los boletos, má.

Diego intervino.

—Ya vámonos, Jordan, por favor.

Jordan negó con la cabeza y apartó el brazo.

—Jordan.

—No, vete a la verga, wey, neta.

—No me digas, wey, por favor.

Pelón y con piojos, tu tío.

—Ya, amor. ¿Qué quieres?

Jordan sacó el teléfono.

—Que me dejes en paz a la verga.

Abrió WhatsApp.

Mi Labubu ♡

Eres un puñetas, no te quiero volver a ver.

2:37 a. m.

Jordan te bloqueó.

Diego levantó la mirada.

—¿Es en serio?

—No me estoy riendo ¿O si?

—No seas así, Jordi, porfa.

—Buenas noches.

Jordan se dio la vuelta y Diego intentó seguirlo.

—Jordan, espérame.

—Que te espere la puta esa.

—Amor, porfa.

—Amor, tu puta madre.

Jordan siguió caminando.

Y esta vez Campillo no pudo alcanzarlo.

...

El tatuado decidió que lo mejor era no volver a la casa que compartían.

Estaba demasiado enojado con Diego como para verlo llegar a su casa después de todo el desmadre que le había hecho hacer en la peda.

Prefirió pedir un Uber y quedarse en un hotel.

Solo sería por esa noche de todos modos.

Cuando llegó a la habitación, dejó el teléfono sobre la cama.

Tenía varias llamadas perdidas. Todas de números diferentes.

—Qué puto.

Lo que Diego no sabía era que Jordan, en ese momento, estaba revisando dónde estaba.

Meses atrás, ambos habían instalado un apk de ubicación "super secreto" en el teléfono del otro.

Según ellos, había sido "por seguridad".

Ninguno admitía que la había usado hasta cuando el otro de decía que iba al Oxxo, ninguno admitía tampoco que se habían descubierto el uno al otro, porque, técnicamente, ambos habían hecho exactamente lo mismo, y muy en el fondo, ser controlado y monitoreado por el otro les calentaba.

Jordan abrió la aplicación.

La ubicación de Diego seguía en la fiesta, luego se movió, primero afuera, luego recorrió exactamente el mismo camino que su Uber.

—No mames.

Quince minutos después, el punto se detuvo afuera del hotel.

Jordan sonrió.

—Hasta te tardaste, pinche Diego.

Su teléfono vibró.

Número desconocido

Sé dónde estás.

3:19 a. m.

¿Y cómo sabes?

3:21 a. m.

Jordan miró la pantalla, esperando una respuesta que no llegó.

Después abrió la aplicación otra vez.

El punto de Diego parpadeaba ahora dentro del hotel.

Número desconocido

No vengas.

3:28 a. m.

Me vale verga lo que tú quieras.

3:28 a. m.

Y así quieres que te abra.

Te vas a la verga de aquí, Diego Campillo.

No te lo voy a repetir dos veces.

3:29 a. m.

Ni bien dejó caer el teléfono sobre la cama, se escucharon unos golpes en la puerta.

Jordan no se movió.

Sabía quién estaba detrás.

Los golpes volvieron más insistentes.

—Jordan, amor, ábreme. No quiero hacer un desmadre ahorita, por favor.

—Eso hubieras pensado antes de dejarte besar por la perra esa y luego negarme en su puta cara de idiota.

Diego no respondió, sin embargo, los golpes no cesaron.

Jordan se levantó después de varios minutos y caminó hasta ella, no abrió, solo se quedó detrás, viendo por la mirilla de la puerta. Diego respiró profundamente, cansado.

Qué bueno que estuviera cansado, que, por una vez, fuera él quien tuviera que aguantar la angustia.

Jordan quitó el seguro y abrió.

Diego estaba solo y ya no tenía es cara de "todas mías" de la fiesta. Tenía el pelo hecho cagada, la camisa arrugada y llevaba esa mirada que Jordan conocía a la perfección en sí

mismo: la de alguien que había repasado una y otra vez la discusión, intentando encontrar el momento justo en que todo se había ido a la verga.

"Como si no supieras, pinche vato de mierda".

Jordan no lo invitó a pasar, pero la forma en que lo miró dejó bastante claro que todavía estaba esperando una explicación.

—No pasó nada con ella.

Jordan permaneció apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en él.

—Ya sé lo que viste —continuó Diego—. Y sé perfectamente cómo se veía. No voy a intentar convencerte de que imaginaste algo porque no lo hiciste.

Jordan no dijo nada todavía.

—Se acercó cuando estábamos todos, luego empezó a bailar conmigo, después se puso muy cerca y me besó, yo pensé que si la apartaba o algo iba a hacer un escándalo, que la gente iba a empezar a preguntar cosas... que íbamos a tener pedos con los del equipo, luego el cuerpo técnico... pero fue una pendejada.

Jordan levantó ligeramente las cejas.

—¿Una pendejada?

—Sí.

Campillo bajó la mirada un momento antes de continuar.

—Porque estaba más preocupado por lo que fueran a pensar los demás que por lo que tenemos y por como te ibas a sentir y eso estuvo mal.

Jordan soltó una risa seca.

—Qué conveniente que ahorita ya lo entiendes. ¿Y mientras yo estaba ahí parado, qué? ¿También seguías pensando solo en las cámaras y la pendeja gente?

—Sí.

—Por lo menos ahorita no mientes —dijo Jordan con sorna.

—Ya no quiero mentirte, pero tampoco quiero que pienses que la estaba dejando hacer eso porque me interesaba o un pedo así, no me interesa en lo más mínimo, es más ni siquiera estaba pensando en ella, estaba pensando en que todo el mundo estaba grabando y que probablemente después me la fueran a hacer de a pedo por "pirujo" o una mierda así.

—Pues felicidades —aplaudió el culichi—. Evitaste el problema que querías evitar. ¿Entonces qué haces aquí?

Diego levantó la mirada y hubo un silencio incómodo.

Jordan esperaba que Campillo se defendiera, que dijera que estaba exagerando, que sacara cualquier argumento para darle la vuelta como siempre.

—Creé otro más grave, y este me importa muchísimo más que cualquier cosa.

Jordan apretó los labios.

—No puedes hacer algo así y después venir a decirme que no significó nada.

—Tampoco estoy diciendo eso.

—Entonces, ¿Qué estás diciendo, según tú?

Diego dio un pequeño paso hacia él, aunque se detuvo antes de acercarse demasiado.

—Que me equivoqué, que debí mandarla a la verga desde el principio, que debí preocuparme menos por lo que pensaran los demás y más por cómo ibas a sentirte tú.

Jordan mantuvo la mirada sobre él.

—¿Y ahora qué?

Diego tardó un momento en responder.

—Ahora estoy aquí.

—Mentira que eres un holograma. No mames.

—Pero no quiero estar así contigo, amor.

Jordan soltó aire por la nariz.

—Pues yo quería mi cascabel —se burló el culichi—. Te bloqueé, pá ¿Eso no te dice nada?

—No.

Jordan negó con la cabeza.

—Estás bien imbécil, wey —acusó. Todavía tenía demasiado orgullo como para regalarle el perdón—. Tú crees que con venir hasta aquí ya arreglaste todo y las cosas no son así.

—Entonces dime qué tengo que hacer.

Jordan se quedó callado.

Por primera vez desde que habían empezado a salir, Diego no estaba intentando ganar la discusión, estaba intentando —rogando— quedarse.

Jordan lo miró, había algo que le molestaba todavía más que lo que pasó en la fiesta, y eso era el verlo tan arrepentido.

Era muchísimo más fácil odiarlo cuando Diego se ponía egocéntrico e intentaba tener la razón.

Había pasado demasiado tiempo mirándolo desde el otro lado de la fiesta, viendo cómo otra persona invadía un espacio que era suyo mientras Diego no hacía nada para detenerla.

Jordan finalmente cerró la puerta en su cara, dejándole en claro que la pelea aún no había terminado.

Volvió a la cama y tomó el teléfono otra vez.

La ubicación seguía ahí, no se había movido para nada.

Esperó diez minutos.

Veinte.

Treinta.

Y Diego seguía ahí.

Jordan abrió la puerta otra vez y encontró a Diego sentado en el suelo del pasillo, con la espalda contra la pared.

Aquello le provocó una mezcla de satisfacción y calor que le recorrió hasta la punta de los pies.

—¿Todavía aquí?

Diego levantó la mirada, pero no respondió, solo sonrió cansadamente, como si llevar media hora sentado frente a una puerta cerrada fuera la cosa más romántica del mundo.

Jordan negó con la cabeza. No podía creer que ese fuera el mismo vato puñetas que unas horas antes había estado dejando que una culona se le pegara delante de todo el mundo.

—¿Ahora no tienes dignidad o qué?

—Justamente ahorita no me importa. No me voy a ir de aquí sin arreglar las cosas contigo, amor.

Jordan suspiró, porque eso era precisamente lo que quería escuchar.

Campillo había entendido que esta vez no bastaba con decirle que estaba exagerando y ya.

Jordan se apartó de la puerta, pero no para dejarlo pasar. El duranguense tampoco intentó aprovechar la oportunidad, y eso terminó de desarmar al más bajo.

Había imaginado que tendría que pelear con él, que tendría que insistir, que Diego acabaría soltando alguna de sus respuestas arrogantes y pendejas. Sin embargo, el muy hijo de su puta madre había decidido quedarse quieto y dejar que Jordan escogiera cuándo terminar todo eso.

Era desesperante, pero era exactamente lo que quería.

Jordan bajó la mirada hacia él y dejó escapar una risita, todavía estaba emputadísimo.

Pero ya no quería que se fuera.

—Levántate.

Diego obedeció.

El culichi se hizo a un lado y Campillo dio un paso hacia la habitación, pero antes de entrar lo detuvo con la mirada. Le recordó, sin necesidad de hablar, que lo que había hecho iba a tener consecuencias.

No porque Carrillo quisiera controlar cada movimiento suyo, sino porque ambos sabían perfectamente qué clase de relación tenían y cuáles eran los límites que —aunque jamás hubieran hablado de ellos seriamente— tenían.

Eso fue suficiente para que Diego supiera que, aunque todavía no estaba completamente perdonado, al menos ya no lo iban a mandar a la verga —por lo menos esa noche—.

El teléfono de Jordan seguía olvidado sobre la cama con la aplicación abierta.

Por supuesto, ninguno de los dos mencionaría eso ahorita.

Porque admitir que ambos se vigilaban mutuamente era demasiado humillante.

Aunque los dos sabían perfectamente la verdad: aquella obsesión enfermiza que compartían les gustaba mucho más de lo que cualquiera de los dos estaría dispuesto a admitir.

...

—¿Todavía estás muy enojado conmigo, amor?

—Y todavía te atreves a preguntar —contestó con cierto deje de burla y asombro.

—¿Quieres que me vaya?

—Jajaja, no mames Campillo, después de estarme rogando y la verga, ahora sí preguntas, vete mucho al birote.

Hubo un silencio.

—¿Nos podemos ir a la casa?

—No, ya pagué la noche, si te parece bien, sino, la puerta está bien grande.

El cuarto se volvió a sumir en un completo silencio.

Jordan volteó a ver a su acompañante y no pudo evitar soltar una risita, un sonido nasal que cortó la tensión del ambiente. Miró a Diego, que permanecía ahí, rígido, con los hombros ligeramente contraídos y una cara de perro regañado que, aunque irritante, encendía una chispa de un deseo demasiado oscuro en la boca del estómago del culichi.

—Mírate nomás —soltó Jordan, caminando lentamente alrededor de él, como un depredador evaluando a su presa—. El gran Diego Campillo del Campo, el que no quiere hacer desmadres en casa ajena, el que se preocupa por lo que vaya a pensar la gente... aquí parado, esperando que yo le diga si puede respirar o no.

Diego no se movió. Solo lo siguió con la mirada, sus ojos oscuros reflejando una devoción absoluta y religiosa.

—Solo quiero que estemos bien, Jordi.

—No me digas "Jordi", ya te dije que me tienes bien emperrado.

Se detuvo frente a él. La diferencia de altura era evidente, pero el aura de dominio pertenecía enteramente al más bajo. Estiró la mano y, con un movimiento brusco, agarró la camisa de Diego por el cuello, tirando de él hacia adelante hasta que sus narices casi se rozaron.

—Me hiciste quedar como un pendejo delante de todo el mundo —susurró Jordan, su voz ahora estaba cargada de lujuria y dominancia total—. Yo estaba ahí parado, mientras esa pinche vieja te meneaba todo el culo casi en la cara, y para colmo, cuando te tocaba darme mi lugar, me negaste. ¿Por qué entonces debería yo de perdonarte?

—Por favor, me equivoqué.

—¿Te equivocaste? —Jordan soltó una carcajada seca y lo empujó violentamente hacia atrás. Diego trastabilló, pero no se defendió—. Me importa pero puritita verga tu justificación de los entrenadores y el cuerpo técnico. Lo que me importa es que creíste que podías jugarle al verga y que yo me iba a quedar calladito.

El duranguense tragó saliva. El aire en la habitación se sentía pesado, cargado de una electricidad que ya no era solo de odio, era una tensión sexual tóxica que siempre los terminaba consumiendo.

—Haz lo que quieras conmigo —soltó Diego en un susurro ronco—. Voy a hacer lo que tu quieras, pégame, humíllame, de verdad, lo que sea, solo no me dejes.

Jordan arqueó una ceja. Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios, el orgullo seguía ahí, pero la lujuria ya había ganado la batalla.

—¿Ah, sí? ¿Lo que sea? ¿Seguro?

—Sí, lo que sea.

—Entonces quítate la ropa. Pero ya.

Diego no dudó, sus dedos, ligeramente temblorosos, empezaron a desabotonar la camisa lentamente, Jordan lo observaba con los brazos cruzados, disfrutando de la sumisión, no había ternura en su mirada; había hambre y una necesidad urgente de marcar territorio.

—Más rápido, que no tengo tu pinche tiempo.

Diego se quitó la camisa, aventándola al suelo sin cuidado, su torso marcado por años de entrenamiento, brillaba deliciosamente bajo la luz fría de la lámpara del hotel. Jordan sintió un tirón en la entrepierna, una presión insistente que lo hacía querer morderlo, romperlo, mirarlo y besarlo, todo al mismo tiempo.

—Arrodíllate —ordenó Jordan.

El duranguense obedeció al instante. El golpe de sus rodillas contra la alfombra del hotel sonó seco, diego miró hacia arriba, con el cuello expuesto, esperando la siguiente instrucción.

Jordan se acercó y se detuvo justo frente a él, puso una mano en la nuca de Diego, enterrando los dedos en el cabello castaño y tirando con fuerza hacia atrás, obligándolo a exponer la garganta.

—Me gusta verte así —murmuró el culichi, su voz goteando veneno y deseo—. Te sientes la mera vena allá afuera pero aquí estás como mi perrita. ¿Te gusta que te mande, Diego? ¿Te gusta saber que eres mi puta?

Diego soltó un gemido ahogado, cerrando los ojos. La presión en su cuero cabelludo y las palabras humillantes lo estaban llevando al límite.

—Sí... sí, Jordan.

—Dilo bien, verga, di que eres mío.

—S-si, soy tuyo —respondió Diego, con la voz quebrada—. Soy completa y absolutamente tuyo.

Jordan soltó una risita y lo soltó bruscamente. Se llevó la mano al cinturón, bajando los pantalones con una lentitud tortuosa, el aire frío del cuarto golpeó su piel, pero el calor que emanaba de Diego era casi tangible.

—Sácamelo. Y hazlo bien, porque si no me gusta, te mando a dormir al pasillo y ahora sí, neta que no te abro.

Diego se lanzó hacia adelante con una desesperación casi animal, sus labios encontrando esa polla palpitante que tanto le gustaba. Jordan soltó un jadeo, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. La sensación era abrumadora; la lengua de Diego trabajaba con tanta urgencia que delataba cuánto tiempo había pasado deseando este momento.

—Mmm... así —gruñó Jordan, agarrando la cabeza de Diego y presionando contra él—. Cómetela toda, que parezca que de verdad estás arrepentido y quieres que te perdone.

El sonido de la succión llenó el silencio de la habitación, que solo era ocupado por la respiración errática de ambos. Jordan no se limitaba solo a recibir; él dirigía el ritmo, empujando, frenando, marcando exactamente dónde y cómo quería sentir el placer.

Campillo tampoco se limitaba solo a succionar, de vez en cuando daba lengüetazos largos por el falo, succionaba levemente la punta y volvía a engullir hasta que topaba con su garganta.

Después de unos minutos, Jordan sintió que el límite estaba cerca, pero no permitió que el otro terminara el trabajo ahí, lo agarró del cabello y lo obligó a levantarse.

—Ya, ya, ya, si no es premio, hazte para allá.

Diego, jadeando, se movió hacia el colchón. Jordan se desnudó y se dejó caer sobre la espalda en el colchón, abriendo las piernas con una invitación descarada, sin que sus ojos perdieran ese brillo de dominancia.

—Quítate el pantalón —ordenó.

Obedeció, quedando desnudo frente a él. Sus cuerpos contrastaban: el más bajo, más compacto y curvilíneo; el más alto, más imponente y musculoso, pero completamente sumiso.

—Súbete, pero no te vayas a mover hasta que yo te diga.

Diego se posicionó entre sus piernas, su miembro palpitando y goteando desesperado, rozando la piel de Jordan. El deseo era una llama que amenazaba con quemarlos a los dos, Diego intentó impulsarse hacia adelante, pero Jordan le puso una mano firme en el pecho, deteniéndolo en seco.

—¿Quién te dijo que te movieras? —preguntó Jordan con una sonrisa sarcástica—. Quédate quieto, es hasta que yo quiera, no cuando tus huevos te digan.

Diego soltó un gruñido de frustración, apretando los dientes.

—Jordan, por favor... ya me duele está madre.

—Pues aguántate, pendejo, que no me tienes tan contento. A parte, me gusta como le haces cuando andas bien cachorrito y frustrado.

Jordan se inclinó hacia la mesita de noche y tomó un lubricante —de esos culeros que te regalan los hoteles—. Se aplicó el contenido con lentitud, asegurándose de que Diego viera cada movimiento, cada roce de sus dedos, y el como estos eran descaradamente devorados por su entrada, que exigía algo más grande, el duranguense estaba temblando, babeando; su respiración era un caos de jadeos y súplicas.

—Ya —susurró Jordan, envolviendo la cintura de Diego con sus piernas fuertes—. Entra, pero lento quiero sentir como me llenas centímetro a centímetro.

Diego soltó un gemido de alivio mientras se deslizaba dentro de él, el ajuste fue perfecto —como siempre—, era una presión deliciosa que hizo que Jordan arqueara la espalda y soltara un grito ahogado.

—V-verga... Diego... —Jadeó el culichi.

—Estás muy apretado, amor... —Susurró Diego, enterrándose hasta el fondo.

—No me digas "amor" ahorita —sentenció Jordan, clavando sus uñas en los hombros de Diego—. Dime "papi" o yo que sé, pero dime que eres mío mientras me la metes.

El solo escuchar esas palabras lo volvió loco, el permiso que Jordan le había dado era el botón que apagaba el interruptor de su autocontrol. Empezó a moverse con una fuerza bruta, rítmica, golpeando la próstata de Jordan con tanta intensidad que hacía la cama golpear fuertemente contra la pared.

—S-soy tuyo... ¡Soy tu puto perro, Jordan! —gritó Diego, perdiendo por completo la vergüenza.

—¡S-si! ¡Más duro! —Jordan gritaba, con los ojos en blanco, perdido completamente en el placer—. ¡S-sigue! ¡Rómpeme el culo, que todo el pinche hotel sepa que tu verga es solo mía!

El sexo era rudo, sin palabras bonitas, era una guerra de piel contra piel donde las palabras sucias solo servían de combustible, Jordan no se limitaba a dejarse llevar; él movía la pelvis, buscaba el ángulo exacto, obligando a Diego a ir más profundo, más rápido, más exacto. Era una batalla de dominación donde el que estaba abajo era, quien sostenía las riendas.

—D-dime... dime que no hay nadie más —jadeó Jordan con sus palabras volviéndose cada vez más inentendibles—. Dime que esa pinche vieja no es nada comparada conmigo.

—No es nada... —Diego gemía desesperado, el sudor volando de su frente—. Tú eres mi todo... eres lo único que amo en el mundo... ¡Jordan, me voy a venir!

—N-no ni verg... ah —gimió Jordan, apretándolo con sus muslos—. Tú no te vienes hasta que yo te diga, aguántate.

Diego soltó un gemido de pura sobreestimulación y frustración, deteniendo el movimiento justo antes del orgasmo, temblando violentamente sobre él, sus músculos estaban tensos, el rostro completamente desencajado por la lucha entre la necesidad y la obediencia.

Jordan lo miró, disfrutando la tortura, podía ver la vena marcada en el cuello de Diego, el pecho subiendo y bajando frenéticamente. Era el momento exacto de la rendición total.

—Ya —susurró Jordan al oído de Diego, mordiéndole el lóbulo con fuerza—. Vente, llename todo, échamelos donde van.

Diego se desplomó sobre él, soltando un rugido gutural mientras se venía, llenando a Jordan con una fuerza que los dejó a ambos sin aire. Jordan también alcanzó su límite, un orgasmo que lo sacudió por completo, dejándolo exhausto y con la vista nublada.

El peso de Diego sobre él comenzaba a sentirse cada vez más, la respiración de ambos empezaba a normalizarse, pero Jordan no estaba listo para que eso terminara aún. Con un movimiento brusco de caderas, lo hizo girar, colocándose a horcajadas sobre el torso de Campillo antes de que pudiera siquiera protestar. El pene de Diego, aún húmedo y sensible, descansaba contra su vientre, Jordan lo tomó con una mano firme y comenzó a frotarlo de nuevo contra su entrada ya resbaladiza por el orgasmo anterior.

—Eh, eh, eh ¿A dónde vas? —preguntó Jordan con una sonrisa maliciosa, empujando el pecho de Diego.

Diego lo miró confundido, con los ojos todavía vidriosos por el orgasmo reciente.

—Pensé que... ya habíamos terminado...

—¿Terminado? —Jordan soltó una risa seca mientras se movía sobre el duranguense con una naturalidad que delataba años de práctica—. Nombre', pá. Tú todavía no has terminado de pagar tu pinche pendejada de hoy.

Diego tragó saliva, su miembro ya comenzaba a reaccionar de nuevo ante la visión de Jordan sobre él, con ese culo redondo y perfecto que tantas noches de insomnio le había causado.

—Jordan, yo...

—Cállate —lo interrumpió el culichi, poniendo un dedo sobre los labios de Diego—. Ya hablaste mucho.

Jordan se inclinó hacia adelante, alineó la polla de Diego con su entrada y se dejó caer lentamente, sintiendo cómo el miembro volvía a llenarlo, centímetro a centímetro, hasta que estuvo completamente dentro.

—Ah... puta madre... —gimió Diego, aferrándose a las sábanas con fuerza.

—¿Te gusta, verdad? —susurró Jordan, comenzando a moverse con un ritmo lento y tortuoso—. Te gusta que yo decida cuándo y cómo, te mama que te monte.

Diego asintió débilmente, sus ojos oscuros fijos en el cuerpo de Jordan, en la forma en que sus caderas se movían con una precisión hipnótica.

—Sí... sí, papi...

—Dilo bien —ordenó Jordan, acelerando ligeramente el ritmo—. Dime quién soy.

—Eres mi dueño... Mi puto dueño, Jordan.

Jordan sonrió con satisfacción, pero no iba a permitir que Diego se sintiera demasiado a gusto, entonces, se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en el enorme pecho de Diego, y comenzó a moverse con más fuerza, cabalgando sobre él con una intensidad que hacía que la cama crujiera bajo ellos.

—Así me gusta —jadeó Jordan—. Bien sumiso, bien obediente, así es como deberías estar siempre, no solo cuando te descubro haciendo pendejadas.

—Perdóname, amor... —suplicó Diego, con sus manos buscando las caderas de Jordan, intentando guiarlo, pero el culichi las apartó de inmediato.

—No te he dado permiso de tocarme —le advirtió Jordan, con la voz cargada de veneno—. Las manos quietecitas o te las amarro.

Diego obedeció al instante, dejando caer los brazos a los lados. La sumisión total era lo que Jordan necesitaba esa noche, necesitaba ver a Diego completamente rendido, completamente suyo.

—Eres una perra, Diego —continuó Jordan soltándole una sonora cachetada al mencionado, su voz ahora era un gemido ronco mientras sus caderas mantenían un ritmo coordinado—. Una zorrita que se deja besar por cualquiera, pero que solo sabe venirse cuando yo le digo.

—S-sí... soy una puta... soy tu puta —Diego gimió, sus ojos comenzando a cristalizarse nuevamente por la sobreestimulación, cada movimiento de esas nalgas perfectas lo estaba llevando al borde otra vez.

—¿Ya te estás viniendo otra vez? —preguntó Jordan con una sonrisa cruel, sintiendo cómo Diego temblaba debajo suyo—. ¿Tan rápido? Qué pinche zorrita fácil eres, ni las de mil quinientos, me cae.

—Por favor... Amor... —suplicó Diego, las lágrimas comenzando a escurrir por sus mejillas—. Neta ya no aguanto...

—¿No? —Jordan se rio, pero no disminuyó el ritmo. Al contrario, lo aceleró, usando la fuerza de sus piernas para impulsarse con más intensidad—. Pues ni modo, porque yo todavía no termino.

Diego soltó un sollozo ahogado, su cuerpo entero temblando violentamente mientras luchaba contra el orgasmo inminente. Las lágrimas ahora fluían libremente, mezclándose con el sudor que cubría su rostro, él nunca había llorado durante el sexo, pero Jordan tenía esa capacidad de hacerle conocer lugares suyos que ni él mismo conocía.

—Mírate —dijo Jordan, tomando el rostro de Diego entre sus manos y obligándolo a mirarlo—. Que putita me saliste, todo un macho alfa en Instagram, pero aquí estás, llorando como perra en brama porque no te dejo venirte. ¿Te gusta, verdad? ¿Te gusta que te humille?

—S-sí... —sollozó Diego—. Me gusta... me encanta... Siempre me va a gustar todo lo que me hagas, Jordan...

—¡Dilo bien! —ordenó el culichi, sus caderas moviéndose con una presión demasiado cruel.

—¡Me gusta que me domines!—gritó Diego, su voz quebrada por el llanto y el placer—. ¡Te amo, Jordan! ¡Te amo más que a nada en este puto mundo!

Jordan sintió un calor recorrer su espina dorsal ante esas palabras, no era la primera vez que se las decía, pero esta noche, después de todo lo que había pasado, significaban algo más, significaban que, a pesar de las pendejadas, las discusiones, de todo, se pertenecían mutuamente y siempre lo harían.

—Ya —susurró Jordan, inclinándose para capturar los labios de Diego en un beso profundo y húmedo, lleno de saliva y desesperación—. Échamelos todos.

Diego se vino con un grito ahogado en el beso, su cuerpo arqueándose violentamente mientras llenaba a Jordan una vez más. Pero Jordan no se detuvo. Siguió moviéndose, cabalgando sobre él, prolongando su orgasmo hasta que el duranguense estaba completamente destrozado, llorando sin control y con sus manos aferrándose a las sábanas con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Jordan... por favor... —suplicó Diego entre sollozos—. Ya no puedo más... me duele...

—¿Te duele? —preguntó Jordan con una sonrisa de satisfacción, volviendo su ritmo más lento, más profundo, y más estrecho, para que cada embestida hiciera llorar más al otro —. Pobrecito. ¿Ya no aguanta mi perrita?

Diego negó con la cabeza, las lágrimas empapaban su rostro y tenía el cabello pegado a la frente.

—Ya no... por favor... Ya..

Jordan lo miró, y por un momento, algo se ablandó en su mirada. Se inclinó hacia adelante, besando las lágrimas de Diego, saboreando la sal de su piel.

—Está bien —murmuró contra su mejilla—. Ya casi termino, nomás aguanta un poquito más, ¿sí?

Diego asintió débilmente, sus brazos envolviendo el cuerpo de Jordan en un abrazo tembloroso. Jordan aceleró el ritmo una vez más, buscando su propio clímax, y cuando finalmente lo alcanzó, se vino con un gemido ronco, enterrando los dientes en el cuello de Diego.

Durante varios minutos, lo único que se escuchó en la habitación fue el sonido de sus respiraciones agitadas y el aire acondicionado del hotel, ninguno se movió, Campillo permaneció apoyado sobre Jordan, ocultando el rostro en el hueco de su cuello.

Jordan sintió la humedad del sudor y los fluidos dentro suyo. Poco a poco, la ira desapareció, reemplazada por una satisfacción espesa y oscura, pasó una mano por la espalda de Diego, acariciándolo con una suavidad que rara vez mostraba.

—Sigues siendo un puñetas, Campillo —murmuró Jordan, aunque ya no había veneno en sus palabras.

Diego soltó una risa débil, besando la clavícula del culichi.

—Y tú el amor de mi vida, Jordi.

—Vamos cerrando el papoi, no creas que ya te perdoné todo. Todavía me debes una disculpa pública o una mamada así.

Diego levantó la cara ligeramente para mirarlo a los ojos, aún con lágrimas, pero ahora estaba teñida de una ternura genuina.

—Lo que quieras, voy a hacer todo lo que me pidas.

Jordan sonrió, una sonrisa real esta vez, aunque aún mantenía ese brillo de arrogancia.

—Sobres, que conste que ya dijiste. Ahora levántate y ve a bañarte que hueles a loquito miado y yo no duermo con vagabundos.

Diego soltó una carcajada, sabiendo que el orden había sido restablecido. Se levantó, desnudo y exhausto, y antes de irse al baño, se inclinó para darle a su novio un beso corto en los labios.

—Te amo, mi vida.

Jordan se hundió en las almohadas, cerrando los ojos mientras escuchaba el agua del baño.

—Ya lo sé, pendejo si no.

Se quedó allí, escuchando el sonido del agua, pensando en que, aunque su relación fuera un despapaye de celos, gritos y escándalos, no cambiaría ese caos por nada más en el mundo. Abrió un ojo y miró el teléfono sobre la mesa.

La aplicación de ubicación seguía abierta. Dos puntos, fundidos en uno solo, en medio de la madrugada, en un hotel cualquiera.

Jordan sonrió y, finalmente, se quedó dormido.

. . .

La luz de las once de la mañana se filtraba por las rendijas de las cortinas del hotel, dejando pasar rayas doradas sobre las sábanas revueltas y el olor rancio a sexo, sudor y otros cuantos fluidos. Jordan despertó con la sensación de un peso muerto sobre su pecho y el brazo derecho entumecido, abrió los ojos lentamente, parpadeando contra el resplandor, y se encontró con el rostro de Diego enterrado en su cuello.

El duranguense roncaba suavemente, con una expresión de paz que resultaba casi insultante después del desmadre de la noche anterior, Jordan sintió una punzada de irritación, pero también un calorcito de paz que le recorrió la columna. Estiró la mano y, con un movimiento, le pellizcó la costilla con fuerza.

Diego saltó, soltando un quejido y abrió los ojos de golpe.

—¡No mames, Jordan! ¿Por qué haces eso? —replicó, con la voz ronca.

—Despierta, puñetas, ya mero es mediodía y yo tengo un putero de hambre —soltó el culichi, aunque no hizo ningún intento por apartarlo. Al contrario, arqueó la espalda, presionando su cuerpo contra el de Diego.

El más alto suspiró y se acomodó, envolviendo a Jordan en un abrazo asfixiante. Sus labios buscaron la mandíbula del más bajo, dejando besos húmedos y lentos.

—Buenos días, mi cielo.

Jordan soltó una risita sarcástica y le dio un golpe seco en el hombro.

—No me vengas con tus mierdas, todavía traigo ganas de meterte un putazo y mandarte a la verga por lo de la fiesta.

—Me lo dijiste anoche como diez veces mientras te llenaba todito el culo —susurró Diego, bajando la mano por el abdomen marcado de Jordan hasta llegar a su entrepierna—. Pero creo que te estaba gustando tanto que ya ni te acuerdas.

Jordan sintió que el aire se le escapaba. La mirada de Diego había cambiado; ya no era el perro regañando que había suplicado en la puerta, sino el hombre que sabía exactamente cómo dominarlo y el deseo volvió a encenderse, rápido y violento.

—Cállate —ordenó Jordan, agarrando el cabello de Diego y tirando hacia atrás—. Pero haz bien tu chamba, que si me aburro, te vas a dormir al piso mañana.

Diego soltó un gemido bajo, una vibración que Jordan sintió en todo el pecho. No necesitó más instrucciones. Se posicionó sobre él, sus cuerpos encajando con una memoria muscular perfecta. Jordan abrió las piernas, invitándolo a entrar, pero mantuvo los ojos fijos en los de Diego, recordándole quién tenía el control.

—Eres mi puta, ¿verdad? —gruñó Diego, su voz volviéndose oscura, la sumisión de la noche anterior transformándose en una posesión absoluta mientras se deslizaba fácilmente dentro de él con un empuje lento y profundo.

—Soy tu puta madre, pendejo —respondió Jordan, aunque soltó un jadeo que lo traicionó—. ¡Ah... la verga, así... ¡Justo ahí!

El ritmo aumentó. No era la guerra desesperada de la madrugada, sino algo más rítmico, más hambriento. Diego se movía con una fuerza bruta, golpeando el punto exacto que hacía que Jordan perdiera el hilo de sus insultos. El culichi clavó las uñas en la espalda del duranguense, dejando marcas rojas que probablemente todos verían mañana en el vestidor.

—Dime que eres mío, chaparro. Dilo mientras te doy así como te gusta.

—¡Puta madre, Campi! ¡Qué rico! —gritó Jordan, arqueando la pelvis para buscar más profundidad.

Diego soltó una carcajada ronca, llena de lujuria, y empezó a hablarle al oído, usando palabras que habrían hecho avergonzar o enojar a cualquiera, pero que a Jordan le prendían como nada.

—Eres una zorra, te gusta que te deje el culo bien retacado de leche —soltó el más alto, subiéndose la pierna de Jordan al hombro.

—S-si, no mames, que rico se siente cuando me llenas y luego todo se desborda —dijo el culichi casi inconsciente debido al placer.

—Me aprietas bien rico, neta no me canso de darte, y menos con este culote que te cargas —confesó Diego, soltándole una sonora nalgada al otro.

Jordan ya había perdido todo el hilo de la conversación sucia que estaban teniendo, sentir a su novio llenándolo de esa manera solo podía llevarlo al subespacio donde solo existía Diego y su verga. Al verlo de esa manera, El duranguense no pudo evitar desesperarse al ver al culichi —que siempre era demasiado exigente— de esa manera; gimiendo sin control, con la saliva escurriendo y los ojos en blanco. No sabía que más hacer, y, en un acto desesperado, tomó al otro por el cuello, cortándole el oxigeno.

Eso fue suficiente para hacerlos venir a ambos en una explosión que los dejó vacíos y temblorosos. Diego se desplomó sobre Jordan, respirando agitadamente, mientras el más bajo soltaba una risa débil, exhausto.

Se quedaron así unos minutos, sus corazones latiendo al unísono contra las costillas. Diego comenzó a dar pequeños besos en la frente de Jordan, una ternura que solo aparecía en la intimidad absoluta, lejos de las cámaras y los entrenadores.

—Te amo, mi vida —murmuró Diego.

—Ya lo sé, yo también—respondió Jordan, cerrando los ojos—. Ahora quítate, que pesas un chingo.

. . .

El baño era un espacio bastante amplio, lleno de vapor y con aroma a jabón líquido Dove. Jordan estaba sentado en el borde de la tina, observando cómo el duranguense se encargaba de limpiarlo, no era algo que él pidiera, pero Diego siempre lo hacía con una devoción casi religiosa.

Usaba una esponja suave, pasando el jabón por los muslos y la espalda de Jordan con una delicadeza que contrastaba violentamente con la rudeza del sexo.

—¿Todavía estás muy, muy, muy enojado conmigo? —preguntó Diego, mirando a Jordan desde abajo.

Jordan se encogió de hombros.

—Ya menos, pero me dejaste como un pendejo, Diego. No es el hecho de que la vieja se te pegara, es que tú te quedaste ahí como pito.

Diego dejó la esponja a un lado y tomó la mano de Jordan, besándole los nudillos.

—Ya sé, fui un inmaduro. Me importó más quedar bien con todos que respetarnos. No vuelve a pasar, te lo juro por lo que más amo en el mundo, que eres tú.

Jordan lo miró fijamente, buscando cualquier rastro de mentira, cualquier señal de que Diego solo le estaba diciendo lo que quería escuchar, pero no, solo encontró sinceridad, devoción y lealtad absoluta.

—Más te vale, wey, porque la próxima vez que alguien te bese y no hagas nada, no nomás voy a bloquearte de WhatsApp; te voy a mandar a la verga y ahora sí, para siempre —soltó Jordan, aunque una pequeña sonrisa se asomó en la comisura de sus labios.

Diego rio, con un sonido limpio que llenó el baño.

—Está bien, mi vida, acepto.

Jordan se levantó y lo empujó hacia la regadera, dejando que el agua caliente los envolviera a ambos. Se abrazaron bajo el chorro, la piel resbaladiza por el jabón, el vapor empañando la vista. Fue un momento de silencio, de esos que no necesitan palabras porque todo ya había sido gritado o gemido.

. . .

A las doce y media, el servicio a la habitación llegó con una bandeja que parecía buffet. Había huevos, fruta, pan tostado con mantequilla, nueces, cereal con granola y dos tazas de café negro que olían bien rico, a esos que la bolsa dice "café 100% Veracruzano".

Jordan se había puesto la camisa de Diego —que por cierto le quedaba enorme—, la tela azul caía por sus muslos, mientras que Diego solo traía la bata culera que te prestaba el hotel. Se sentaron en la cama, con la bandeja apoyada en la mesita.

Jordan tomó un pedazo de fruta y lo miró de reojo.

—Oye.

—¿Qué pasó, mi amor? —Diego estaba untando mantequilla en su pan.

—El apk ese de ubicación.

Diego se quedó congelado, el cuchillo de la mantequilla suspendido en el aire. Lentamente, levantó la mirada.

—¿Qué?

—Sé que la usaste anoche y que seguiste mi ubicación para llegar al hotel.

Diego soltó un suspiro largo y dejó caer los hombros.

—Verga, Jordan, yo...

—Yo también la usé para ver si venías —admitió Jordan, encogiéndose de hombros con naturalidad.

—Estamos bien enfermos, amor. Pero admítelo, te encanta saber que estoy pendiente de ti.

Jordan soltó una risita y le lanzó un pedazo de papaya a la cara.

—Me encanta que seas un acosador, tóxico, celoso y etcétera, etcétera, pero si vuelves a usarla para espiarme cuando te digo que voy al Oxxo, te rompo el teléfono a la verga, advertido estás.

—Va. —aceptó y luego miró a Jordan con una intensidad que lo hizo estremecer—. Pero en serio, Jordan... gracias por abrirme la puerta anoche. Sé que no te merecías que llegara así, pero no podía dejar que pasara una noche más sin que supieras que eres lo único que me importa.

Jordan dejó el tenedor y miró hacia la ventana. El sol ya estaba en lo alto. El mundo exterior seguía ahí, con sus presiones, sus contratos, los chismes de los vestuarios y las expectativas de la gente. Pero dentro de esa habitación, el tiempo se había detenido.

—A veces me das miedo, Campillo —murmuró Jordan, volviendo su mirada hacia él—. No por lo que haces, sino por cuánto aguantas. Estuviste sentado en el pasillo como un pendejo media hora. ¿En qué estabas pensando?

—En que si no entraba, me iba a morir de tristeza —respondió Diego con honestidad—. Y en que preferiría que me mordieras la cara o me agarraras a vergazos a que me ignoraras un segundo más.

Jordan soltó una carcajada y estiró el brazo para acariciarle la mejilla, sus dedos trazando la línea de la mandíbula de Diego.

—Eres un puto dramático.

—Pero así te gusto.

—Sí, sí, sí, sobres.

El desayuno continuó entre bromas, con el ambiente cargado de una paz ganada a pulso. Hablaron de los entrenamientos, de la peda del Piojo y de cómo probablemente el grupo ya estaba especulando sobre dónde se habían metido.

—Mañana vamos a tener que dar la cara —dijo Diego, tomando un trago de café—. Seguramente alguien grabó cuando dijiste que yo era tuyo.

Jordan arqueó una ceja.

—¿Y qué? Que sepan. Me vale verga lo que digan los demás. Si alguien tiene algún pedo con que seas de mi propiedad, que venga a decírmelo a la cara.

Diego sonrió, esa seguridad, esa ferocidad protectora de Jordan era lo que lo mantenía atado a él, era la fuerza que Diego, en su tendencia a evitar conflictos, siempre había necesitado.

—Me gusta cuando te pones así —susurró Diego.

—Vamos cerrando el ortito y mejor termina de desayunar, que ya mero nos tenemos que ir.

. . .

El proceso de vestirse fue lento, no porque no tuvieran prisa, sino porque cada vez que uno de los dos se acercaba al otro, terminaban en un beso o en un roce innecesario. Jordan se puso sus propios pantalones, ajustándose el cinturón con un movimiento decidido, mientras observaba a Diego terminar de abotonarse la camisa.

—¿Crees que la morra se haya enojado mucho? —preguntó Diego, refiriéndose a la chica de la fiesta.

Jordan se detuvo y lo miró con una expresión gélida.

—Me vale pero si puritita verga si se enojó o si se puso a llorar en su cama de "Hello Kitty". Lo que importa es que ya sabe quién es el mero papá de los pollitos.

Diego asintió, sabiendo que no valía la pena discutir el punto. Se acercó a Jordan y lo envolvió en un abrazo final, pegando su frente contra la del más bajo.

—¿Estamos bien, Jordi?

Jordan suspiró, relajando los hombros y apoyando la cabeza en el pecho de Diego.

—Estamos bien, pendejo. Pero no te acostumbres. La próxima vez que la cagues, ya sabes.

Recogieron sus cosas, revisando que no hubieran olvidado nada en la habitación. Jordan tomó su teléfono de la mesa. Abrió la aplicación de ubicación una última vez. Los dos puntos estaban superpuestos, formando un solo punto brillante sobre el mapa de la ciudad.

Cerró la aplicación con una sonrisa satisfecha.

Al salir del hotel, el aire fresco de la tarde los golpeó. Caminaron hacia el estacionamiento en silencio, con las manos entrelazadas, la diferencia de altura marcando un contraste que a Jordan le encantaba presumir.

Mientras subían al coche, Jordan se detuvo y miró a Diego.

—Oye, Campi.

—¿Sí?

—Mañana quiero que me lleves a comer unas tortugas de pastor, de las meras buenas, pero ya te la Sanborns el de atrás paga.

Diego soltó una carcajada y encendió el motor.

—Como ordenes, chaparro.

El coche se alejó del hotel, dejando atrás la burbuja de conflicto. Sabían que volverían a pelear, que los celos volverían a surgir y que la toxicidad de su relación era la gasolina que los mantenía vivos. Pero mientras el punto de ubicación siguiera marcando que estaban juntos, nada más importaba.

Jordan se recostó en el asiento, mirando el paisaje pasar, sintiendo la mano de Diego apretando la suya con una fuerza que prometía que, sin importar cuántas veces se mandaran a la verga, siempre encontrarían la forma de regresar el uno al otro.